

Still with you

Biografía

Lily Del Pilar nació el 17 de enero de 1992 y reside actualmente en su ciudad natal: Santiago de Chile, donde finalizó la carrera de Ingeniería Civil en Geografía. A los quince años escribió su primera historia, pero no fue sino hasta su último año de carrera universitaria cuando logró publicar su novela *Mi vida es un desastre*. En la actualidad trabaja ejerciendo la ingeniería y en sus tiempos libres escribe. Así fue como nacieron *Still with you* y *Still with me*.

Lily Del Pilar
Still with you

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2021, Lily Ibarra
Derechos exclusivos de edición:
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl

1ª edición en este formato: mayo de 2024

Ilustración de portada: Daniela de la Fuente Inostroza @calicocat_art
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

ISBN: 978-956-6293-05-7

Impreso en China

*No está mal querer,
pero sí la forma en que lo haces.*

Índice de personajes

Jong Sungguk: veintiún años. Policía novato y rescatista animal en su tiempo libre. Es uno de los protagonistas de la novela.

Moon Daehyun: diecinueve años. Todo lo que conoce del mundo es lo que pudo ver a través de la ventana de su casa. Es uno de los protagonistas de la novela.

Lee Minki: veintitrés años. Policía. Probablemente el mejor amigo de Jong Sungguk, aunque Minki no lo cree así. Eterno enamorado de su novio Jaebyu.

Kim Seojun: veintiséis años. Psicólogo a cargo de Daehyun. Cuñado de Sungguk, casado con Suni.

Choi Namsoo: veinticuatro años. Estudiante de Medicina, realiza su segundo año de internado en el hospital de la ciudad. Es uno de los doctores a cargo de Daehyun. Compañero de casa de Sungguk y Eunjin.

Yoon Jaebyu: veintiséis años. Enfermero en el hospital de la ciudad. Su novio Lee Minki lo describiría como «el amor de su vida que no habla demasiado».

Yeo Eunjin: veinticinco años. Policía y superior a cargo de Sungguk y Minki. Compañero de casa de Namsoo y Sungguk.

Moon Sunhee: también conocida como Lara, abuela de Daehyun.

Moon Minho: padre de Moon Daehyun.

Jong Sehun: padre de Jong Sungguk.

Bae Jihoon: intérprete de lengua de señas.

Nota

Esta novela contiene personajes psicológicamente inestables y aborda temas sensibles. Favor leer con discreción.

Prólogo

Moon Daehyun no supo que aquello estaba mal hasta años más tarde. La primera vez que lo intentó apenas era un niño que confiaba a ciegas en su abuela. En esa oportunidad, ella le sonrió y le acarició la cabeza, a pesar de que él le apuntaba con insistencia más allá de la ventana. Ocurrió después de ver una película, las que Daehyun nunca lograba entender del todo porque los subtítulos automáticos, que su abuela programaba en la televisión para él, iban con varios segundos de desfase; otras tantas, pasaban tan rápido que no alcanzaba a leerlos.

Como su abuela lo ignoraba, le tocó el brazo para que lo mirara. Con cuidado, y utilizando sus labios como apoyo, se lo hizo saber.

Abuela, ¿por qué las personas salen de casa?

—¿Para qué quieres saberlo? —leyó en sus labios.

Se encogió de hombros.

Así es en las películas, respondió tras un rato.

Como permaneció observándola, ella suspiró. Los oídos de Daehyun no pudieron captar ese ruido, hacía años que no reconocían sonido alguno, a excepción de unos tonos muy agudos.

—Porque ellos tienen cosas que hacer —fue su sencilla explicación.

¿Qué tipo de cosas?, se interesó.

—Solo cosas.

¿Qué cosas?, insistió.

—Cosas como trabajar y estudiar.

Dae estudia, explicó, *pero no salgo de casa.*

Como siempre sucedía si él se ponía muy obstinado con un tema, su abuela sonrió y le acarició el cabello.

—Pero tú eres diferente al resto.

Diferente.

Esa palabra le rondó por la cabeza durante días. El diccionario se limitaba a definirla como «diverso, distinto». También buscó el significado de ambas palabras. *Diverso* lo describía como «de distinta naturaleza, especie, número, forma», en tanto para *distinto* decía «que no es parecido, que tiene diferentes cualidades».

Aquello solo lo confundió más.

Una mañana, mientras ayudaba a su abuela a preparar *kimchi* en un *bowl* ubicado sobre el suelo de la cocina, aprovechó que ella le pedía más sal para preguntarle:

¿Por qué Dae es distinto?, expresó. De paso casi tiró el contenido del salero al mover demasiado las manos en cada seña. De a poco, enumeró aquellos detalles que había memorizado la noche anterior cuando discutía consigo mismo sobre el tema. *Tengo dos brazos, dos piernas, dos ojos, una cabeza, un torso, un corazón, un hígado...*

No obstante, su abuela había apartado la mirada, por lo que Daehyun no pudo continuar.

Dejó pasar el tema unos días.

Volvían a estar en la sala de estar viendo una película cuando Daehyun se puso de pie y se acomodó frente al televisor.

¿Es porque soy sordo? ¿Por eso soy diferente y no puedo salir?

La expresión de su abuela parecía triste.

Ella asintió.

Encerrado en el altillo, Daehyun lloró observando su reflejo en el espejo.

Como era de esperar, dejó el tema estar por un tiempo. Una mañana, cuando ella se dirigía a la cocina para preparar el desayuno, se lo encontró sentado en la entrada de la casa con la espalda apoyada en la puerta. Ella no preguntó qué hacía ahí y Daehyun tampoco le explicó, por lo que las primeras horas transcurrieron como si el otro no existiera. Su abuela comió sola y dejó el plato de Daehyun servido en la mesa, el cual él no tocó. Al llegar la noche, su abuela se despidió y fue a dormir.

Se lo encontró en la misma posición obstinada de la mañana anterior.

Y a la siguiente lo mismo.

Daehyun solo se levantaba para tomar agua e ir al baño, de vez en cuando robaba una fruta del refrigerador porque no podía continuar con la protesta si enfermaba. Su abuela lo ignoró durante tres días completos, continuó con su vida como si no notara aquel detalle.

Hasta que llegó el domingo.

Su abuela era una persona religiosa. Profesaba la religión católica, como un cuarto de los surcoreanos. Por eso, cuando llegó ese día y se encontró a Daehyun todavía ahí, habló:

–Daehyun, necesito salir.

No se movió.

–Por favor, necesito ir a la iglesia.

Él siguió inmutable.

–No estás siendo obediente, Daehyun. No estás siendo alguien bonito, así nadie te va a querer.

¿Pero quién iba a amarlo si él solo conocía a su abuela?

La dejó salir porque su reprimenda lo desconcertó lo suficiente como para no saber cómo insistir.

La esperó durante horas a que regresara. Y, cuando lo hizo, repitió esa pregunta que no había sido resuelta y que era incapaz de sacar de su cabeza.

¿Por qué Daehyun no puede salir de la casa?, dijo con ayuda de sus manos.

Su abuela dejó el bolso en el sofá y se fue a la cocina. Dae la persiguió.

¿Por qué Daehyun no puede salir de casa?

–Porque no.

Esa fue la única respuesta que recibió ese año.

Y también el siguiente.

Y el que vino.

Todo igual, hasta que cumplió los diecinueve. Porque un día entendió la razón de su encierro:

No podía salir de esa casa porque así su abuela lo decidía.

1

Se suponía que Jong Sungguk fue enviado a ese domicilio solo para una inspección de rutina. Una vecina del lugar había reportado un olor nauseabundo proveniente desde la casa de al lado.

«Olor a muerto», declaró al llamar a la policía.

Los antecedentes recopilados por la telefonista del caso eran de una señora que rondaba los sesenta años. Según su vecina, la última vez que la vio fue en la iglesia, hacía ya más de una semana. Vivía sola, no parecía tener familiares y únicamente era visitada por amigas en raras ocasiones. Con el evidente sobrepeeso que declaró la vecina a la telefonista, no era raro pensar en un posible ataque cardíaco.

–Detesto cuando la gente muere sola –comentó el compañero de rondas de Sungguk, Lee Minki.

Tenía los brazos cruzados en el asiento del copiloto y la vista clavada afuera. Llovía, no muy fuerte, aunque lo suficiente para resultar molesto.

–No sabemos si está muerta –dijo Jong Sungguk, por fin apagando el motor.

–Mal olor de hace días, nadie la ha visto por una semana, vive sola... no sé, a mí me parece clarísimo. Deberían haber enviado a los forenses, no a nosotros.

Sungguk puso los ojos en blanco y se acomodó el arma de servicio, que hasta ahora no le había tocado utilizar pues llevaba apenas unos meses graduado de la escuela de policía. Entonces abrió la puerta y salió, Minki lo siguió todavía protestando.

El barrio era de clase media. Había casas con antejardines no cercados y una terraza como antesala a la puerta principal, de madera, todas con el mismo diseño. Dos pisos de alto y un entretecho no muy grande, que tenía una ventana redonda por donde se colaba la luz.

Nada más acercarse a la casa, un poco destartalada en comparación a la de los vecinos, la puerta de al lado se abrió. Salió una mujer cubriéndose con una manta.

–Hola, soy la vecina que llamó –se presentó.

Lógicamente, pensó Sungguk, ese tipo de personas tendían a presentar un comportamiento ansioso y fisgón.

–Mi nombre es Jong Sungguk –dijo. Se acercó hasta llegar a las escaleras de madera que subían a la casa de la señora–. Y él es Lee Minki.

Ella los recorrió con la mirada antes de dirigir su atención a la casa vacía, que tenía las luces apagadas a pesar de que el atardecer se diluía.

–Son muy jóvenes –la escuchó comentar.

Claro, por lo mismo los habían enviado a esa inspección de rutina. A diferencia de Sungguk, que llevaba cuatro meses de servicio, Minki iba por el año. Ambos, como bien dijo la señora, eran demasiado jóvenes.

–Por cierto, mi nombre es Hee.

Sungguk asintió.

–Señora Hee, hemos recibido una llamada de su parte indicando malos olores.

–Olor a muerto –corrigió ella–. Ahora no se siente por la lluvia, pero era insoportable.

–Entiendo –dijo Sungguk.

Por el rabillo del ojo se fijó en Minki, quien recorría el jardín vecino con aire tranquilo, una rutina para ambos.

–Hace más de una semana que Lara no aparece –continuó–. Ella no tiene familiares... su hijo murió hace quince años, más o menos, en un accidente de automóvil. Fue realmente terrible. Quedó incrustado entre los fierros y tuvieron que cortar el auto para poder sacarlo. Desde ahí que Lara no ha sido la misma.

–¿Sabe si el último tiempo Lara fue visitada por alguien?

–Solo su grupo de amigas. Vinieron hace... unas dos semanas, un poco menos tal vez... con la edad uno ya no recuerda tan bien las cosas.

–¿Algo más que agregar? –añadió Sungguk.

La señora pareció dudar antes de contestar.

—Ayer creí ver una luz prendida en el altillo, pero desapareció de inmediato, creo que solo imaginaciones más.

Posiblemente lo eran, pensó Sungguk. Que la señora Hee creyese que su vecina Lara estaba muerta era suficiente antecedente para imaginarse una casa embrujada. De nada le sorprendía su avistamiento.

—¿Algo más? —preguntó mientras se arreglaba la gorra por la que escurría agua y mojaba su chaqueta.

—Toqué la puerta un par de veces en la semana, pero nadie salió —dudó antes de seguir—. ¿Estará muerta?

—Ahora procederemos a investigar.

Tras una afirmación, Sungguk se dirigió donde su amigo Minki, que inspeccionaba el patio trasero de la casa.

—¿No crees que es extraño que esté el jardín cubierto? —preguntó con desconcierto—. El barrio es tranquilo y nadie tiene protecciones.

—Tal vez le gusta la privacidad —dijo Sungguk.

¿Pero una mujer que vivía sola, que era poco visitada por sus amigos y que tenía el patio trasero techado? Ninguna historia normal comenzaba así.

Sin más palabras, se acercaron a la casa encendiendo las linternas. La oscuridad de la calle apenas era combatida por las farolas, que desprendían una leve luz anaranjada.

Al subir al porche de la casa sus pasos resonaron en la escalera. Las tablas estaban sueltas y parecían faltarles varias capas de barniz. La puerta también se veía descascarada.

Como lo dictaba el protocolo, tocaron el timbre. Nadie salió, tampoco se escuchó ruido desde el interior. Volvieron a intentarlo, esta vez golpeando directo la puerta.

—Hola, es la Policía de Daegu —dijo Minki—. Recibimos una llamada por malos olores, ¿hay alguien en casa?

Nada.

Sungguk se movió a una ventana cubierta por visillos gruesos que ocultaba el interior de la casa; quiso abrirla, pero se encontraba sellada con un pegamento blanco. Apoyando la linterna en el vidrio, Sungguk apegó la cara para ver dentro. Era el come-

dor. Una mesa de cuatro puestos, dos asientos desacomodados comparados con los restantes. Al intentar moverse hacia la otra ventana, se encontró a Minki espiando igual que él; también estaba sellada.

—Es la sala de estar —dijo—. Se ve normal. Un sofá de tres cuerpos y uno de esos reclinables. Una televisión... espera, adentro se ve mejor cuidado que afuera, ¿no crees?

Sungguk pensaba lo mismo. Lo poco que había alcanzado a analizar se veía ordenado y pulcro.

Regresó a la puerta y tocó. Otra vez nada.

—Bueno, tendremos que forzarla —concluyó Minki—. Debe estar muerta. En serio detesto encontrar a gente que murió sola y que nadie se enteró en días... es triste. Sungguk, prométeme que irás a visitarme al departamento si un día no aparezco en el trabajo.

Ambos se dirigieron al automóvil a buscar unas herramientas para forzar el cerrojo.

—Vives con tu novio, de seguro él nos alertará si mueres.

—¿Y si estamos peleados, Jaebyu me abandona en el departamento y yo me muero de pena? —preguntó mientras sacaba un cincel y un martillo—. Es algo que podría pasar. Sabes que soy melodramático y me tomo mal nuestras discusiones.

—Prometo que iré a verte si un día no apareces a trabajar —repitió a regañadientes, dirigiéndose a la casa.

Minki golpeó el cerrojo en el ángulo preciso. Se rompió con facilidad al ser viejo. En Daegu todavía no era común el uso de cerraduras digitales.

—La gente compra pestillos tan malos... —se quejó Minki, a la vez que abría la puerta con el hombro.

El olor los golpeó como una cachetada. Nauseabundo, podrido, descompuesto. Era el olor indudable de la muerte.

—Te lo dije —se quejó Minki tras sacar un pañuelo para cubrir su nariz y boca.

Sungguk hizo lo mismo. Siguiéndolo a unos pasos y observando por sobre su cabellera rubia el lugar, apuntó con su linterna de aquí para allá. El interior estaba ordenado y bonito. La casa parecía haber sido pintada hace poco y el piso de madera se encontraba lustrado. La imagen no calzaba con el olor.

—¿Cuántos días llevará...? —Minki dejó de hablar cuando se asomó a una habitación. Dio un largo suspiro—. Aquí está, Sungguk.

Se dirigió hacia su compañero evitando tocar algo que pudiese entorpecer la escena.

En medio de la cocina amplia yacía en el suelo el cuerpo de una mujer de unos sesenta años con evidente obesidad. Estaba hinchada y amoratada, descompuesta.

—No tendremos que tomarle el pulso, ¿cierto? —bromeó Minki y sacó su celular para grabar unas notas de audio—. Se encuentra cuerpo, en medio de la cocina, en avanzado estado de descomposición. Mujer de unos sesenta años, cien kilos, metro... sí, metro sesenta aproximadamente, cabello rubio tinturado y con canas en la raíz. Viste una camisola de pijama. No parece haber indicios de agresión. Todo indica muerte natural.

Sungguk se acercó y se colocó en cuclillas a su lado para examinar el cuerpo. Manos, muñecas, cuello, tobillos, rostro. La piel que quedaba al descubierto por la camisola no parecía tener daños físicos. La expresión de la mujer era de pánico, lo que no era de extrañar; el miedo a morir era un rostro recurrente en muertos.

—Su posición es peculiar —comentó Sungguk.

Minki se acercó de inmediato.

—¿Por qué lo dices?

—Si hubiera muerto sola y de un ataque al corazón, ¿no debería estar afirmándose el pecho? Duele, los ataques al corazón duelen, esa debería ser su reacción natural —apuntó hacia la cocinilla, donde quedaban restos de comida quemada en la sartén—. El fuego está apagado y no creo que ella haya tenido el control para hacerlo, porque, de ser así, ¿no debería a lo menos haber llegado al teléfono? Tiene los brazos sobre el estómago. Alguien la acomodó antes del *rigor mortis*, que comienza a la media hora.

Minki ladeó la cabeza.

—¿La mataron?

—Tal vez no, pero alguien estaba con ella.

Eso, por extraño que pareciera, le sacó un suspiro de alivio a Minki.

–No murió sola.

–¿Prefieres un asesinato antes que una muerte natural y solitaria?

–Eh, no me mires así. Yo antes no era tan rarito. Ver demasiado de esto... –apuntó la escena– hace que se me trastoque el cerebro.

Sungguk frunció la boca.

–Ve por las radios y pide que manden un equipo.

–Soy tu *hyung** y tengo más experiencia, yo debería darte las indicaciones.

–Qué importa eso, Minki, solo ve.

Pareció querer refutarlo, pero al final salió con paso rápido.

No fue sino hasta que el ruido de los pasos de Minki se perdió al salir de la casa, que el silencio se restableció. Un escalofrío le recorrió la espalda a Sungguk, ya no tan feliz de estar a solas con el cuerpo.

Colocándose de pie y estirando las rodillas, inspeccionó las tazas sucias del fregadero. Eran dos. La casa por dentro estaba cuidada, aunque por fuera no. La mujer parecía no haber muerto sola...

Entonces la madera crujió sobre su cabeza.

Al parecer, no estaban solos en la casa.

* Título honorífico coreano para llamar a los hermanos mayores o amigos cercanos de más edad.